

CAPÍTULO SEGUNDO: DIOS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

ARTÍCULO 1: LA REVELACIÓN DE DIOS

I Dios revela su designio amoroso

(Puntos 51-53)

(Mons. José Ignacio Munilla)

(2011)

Ayer habíamos comenzado el segundo capítulo de lo que es la primera sección de la primera parte del Catecismo, que tenía como título “Dios al encuentro del hombre”. Empezamos a explayarnos más a partir del punto 51 en este primer artículo, que tiene como título “Dios revela su designio amoroso”. El punto 51 dice:

51 "Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina" (DV 2).

Este punto está transcrito literalmente del Concilio Vaticano II, de la Dei Verbum que es la Constitución que habla de la Palabra de Dios y de la revelación. Lógicamente es esa Constitución sobre la Palabra de Dios y la revelación, la fuente principal que tiene aquí el catecismo a la hora de exponer este tema de la revelación.

Explicito alguna de las afirmaciones, que a veces puede ocurrir que en el lenguaje teológico, en el lenguaje bíblico se digan afirmaciones que tienen unas resonancias fortísimas, que son afirmaciones que pueden cambiarnos la vida.

Pero como no estamos acostumbrados a ese lenguaje bíblico, teológico, escuchamos estas formulaciones y a veces uno dice “es que no sé, como que no termino de hacerme fácilmente al contenido de unas afirmaciones que parecen tan redondas, que parecen tan perfectas en su formulación...” Hay que hacer un esfuerzo.

No hace mucho en un encuentro que tuve con matrimonios, me decía una persona que la liturgia a veces tenía un lenguaje bastante incomprensible para muchas generaciones jóvenes especialmente, y no tan jóvenes. Que a veces resultan los signos y las palabras lejanos, muy distantes de la cultura en la que vivimos actualmente, y entonces puede ocurrir que asista a una liturgia y de alguna manera pues le “resbale” lo que escucha, porque no es el lenguaje en el que habitualmente se expresa. Es como si escuchase otro idioma. Como si oyese hablar en francés, que entiende un poquito, pero no mucho.

Entonces él me decía en la pregunta que formulaba: “¿no será que tengamos que hacer en este momento un cambio de la liturgia, para que tenga un idioma como el que popularmente utilizamos?”

Yo le contesté que la liturgia transmite la revelación, que fundamentalmente está en la palabra de Dios, pero también en la tradición de la Iglesia, y que nosotros no podemos cambiar la palabra de Dios porque está escrita como está escrita.

Sí es verdad que podemos utilizar otros medios como la homilía, la radio, o momentos de catequesis para que tengamos una predicación de ese mensaje revelado en un

lenguaje mucho más accesible. Tenemos que hacer ese esfuerzo, pero también tiene que haber un esfuerzo en el sentido contrario. Un esfuerzo de cómo yo me familiarizo con el lenguaje de la palabra de Dios, cómo me familiarizo con Él. El que es un aficionado al fútbol, al final acaba adquiriendo un lenguaje y un vocabulario muy próximo que los que no son aficionados, no comprenden.

Es decir, también nosotros tenemos que hacer un esfuerzo, no sólo la Iglesia predicando la palabra de Dios acercándola a nuestro lenguaje, sino también nosotros para familiarizarnos con el lenguaje revelado.

No podemos cambiar la Biblia. Se podrá hacer una versión para niños y cosas por el estilo, pero la Biblia es la Biblia.

Esta formulación del Concilio Vaticano II está hecha en un lenguaje solemne teológico que vamos a intentar desmenuzar. Habla que Dios en Su sabiduría dispuso revelarnos su voluntad, descubrirnos la voluntad de Dios, es decir el querer de Dios. La revelación de Dios es el hecho de que lo que Dios quiere, o sea, la voluntad de Dios en la que podemos abrirnos a comprender por qué hemos sido creados, por qué estamos aquí, por qué existe el mundo, qué quiere Dios para nosotros... Esa voluntad se nos ofrece también como la nuestra. La revelación de la voluntad de Dios, es que el querer de Dios sea nuestro querer.

Sea lo que Dios quiera. “Si Dios quiere...” En ese tipo de expresiones que utilizamos en el lenguaje castellano de tradición cristiana, “si Dios quiere”, “que sea lo que Dios quiera”, estamos partiendo cuando decimos esas cosas, de que Dios se ha revelado, y la voluntad de Dios sabemos que es amorosa. O sea, que yo he ido comprendiendo que todo lo que Dios quiere, es lo mejor. Es lo mejor, es para mí bien, es porque me quiere.

Luego la voluntad de Dios no me da miedo, no me da susto. Es como a veces decimos, “si se te aparece y te pide...” ¡Pero si no me da miedo! La voluntad de Dios es mi gozo, es mi alegría. Si Dios ahora se me manifestase –una hipótesis que no es la cuestión, ni va a suceder porque Dios tiene otras formas ordinarias de hacerlo- mediante una aparición sobrenatural, de una manera directa y me dijera lo que piensa de mí, lo que ha pensado para mí, etc... no tengo que tenerle ningún miedo porque me ha manifestado su voluntad, y el ideal de mi vida es que su querer, sea mi querer. Ese es el ideal de mi vida.

Dice además el punto: “...mediante el cual el designio de Dios, por medio de Cristo Verbo Encarnado tiene acceso al Padre en el Espíritu Santo” Es decir que la revelación ha tenido lugar, al hacernos accesible a Dios Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo, que si os fijáis esto es lo que en la liturgia decimos siempre después de hacer una petición a Dios. En la oración colecta de la misa dice el sacerdote: “Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos”. Es decir, le hemos pedido al Padre una petición, y se hace por Jesucristo. Le pedimos por Jesucristo, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Tenemos acceso al Padre, por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo.

El camino está abierto. “Nadie va al Padre sino por mí” dice Jesús en el Evangelio de San Juan. “Nadie va al Padre sino por mí”, “Yo soy el camino, la verdad y la vida.

Nadie va al Padre sino por mí”. Esta es una de las manifestaciones más fuertes del Evangelio. Cristo, camino, verdad y vida. Al mismo tiempo Jesús es el camino y al mismo tiempo también es la meta a la que lleva el camino. Es la meta que lleva al Padre.

Pero como Jesús y el Padre son una sola cosa, comparten la misma naturaleza divina, pues entonces Jesús es camino para llegar, pero también al mismo tiempo es la meta a la que llego. Camino para llegar al Padre.

Este es aspecto es muy central, porque aquí se entiende lo que es la revelación. La revelación ha cubierto una infinita distancia que nosotros no podíamos traspasar. Ese arcoíris que suele aparecer cuando sale el sol en el mismo momento en que está lloviendo o en medio de las nubes, (es esa lectura que tiene en el Antiguo Testamento en el momento en el que Dios se arrepiente del diluvio que había enviado, y salió el arcoíris que se interpreta y se le da el significado teológico de la alianza que Dios hace con nosotros).

“Enviaré mediadores, y al final enviaré un mediador que será Jesucristo, que será mi Hijo”. Y el arcoíris es como un puente que une dos orillas: la orilla de la divinidad y la orilla de la humanidad. Dos orillas que están infinitamente distantes pero que ese arcoíris las ha unido. Ese arcoíris -lo explican así los Padres de la Iglesia-, es Jesucristo; la humanidad de Jesucristo que ha unido al Dios y al hombre en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Cristo es el puente, el Pontífice por el que Dios viene a nosotros para que nosotros podamos ir a Él.

Él ha trazado el puente. Si ese puente no lo hubiese trazado Él, si Él no se hubiese revelado, nosotros no podríamos ni soñar, ni entender esta intimidad que tenemos con Dios. No podríamos ni soñar estar ahora mismo comentando esto que estamos comentando.

Por cierto que no sé si habéis fijado en un pequeño detalle: el matiz entre la palabra revelarse con “v” o rebelarse con “b” que viene de rebeldía, que no tiene nada que ver. La verdad que la revelación con “v” solamente pueden abrirse a ella los humildes. “Abre la boca que te la llene” dice el salmo. La palabra “rebelarse” es verdaderamente antitética con la revelación. Dios es humilde, por eso se revela. Y nosotros necesitamos ser humildes para acoger la revelación de Dios.

Y para rematar esto que estamos comentando del punto 51 del Catecismo, que está cogido de la Constitución Dei Verbum del Vaticano II, dice una expresión -que no sé si hemos caído en cuenta de ella pero que es impresionante-, dice que de esta manera al tener acceso al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo, “nos hacemos consortes de la naturaleza divina”.

Consorte es el esposo, es la esposa. Se utiliza esa imagen del matrimonio, para entender que nos hemos casado, o sea que podemos casarnos con Dios, hacernos consortes de la naturaleza divina. Es decir, ha habido una boda, y ha sido la boda de Dios con nosotros, la boda de Dios con la humanidad. Dios se ha casado con los hombres asumiendo la naturaleza humana. Se ha hecho hombre para siempre. Entonces nosotros podemos ser consortes de la naturaleza divina. Es como un intercambio de naturalezas. Dios se une, se hace hombre para siempre. Recordad lo que siempre os insisto: que la Encarnación

no es por unos “añitos” y luego Jesús deja la condición humana para volver a ser Dios de la misma forma que lo era antes. No, Dios es distinto para siempre desde que asume la naturaleza humana.

Precisamente el evangelio de las bodas de Caná de Galilea, muchos escrituristas también lo relatan, y lo describen, y lo explican bajo la imagen de que Jesús asiste a unas bodas en las que curiosamente, no sabemos ni quién es el que se casaba. No se nos dice el nombre y eso no parece que sea un dato menor. Cristo es el esposo de las bodas de Caná, y se casa con la humanidad. Es su primera aparición en público en la vida pública, según el Evangelio de San Juan. Y se muestra como el esposo que se ha casado con el hombre. Bueno, pues nosotros somos consortes de la naturaleza divina. La revelación hace este intercambio de naturalezas.

Continuamos pasando al punto 52 donde se explica con más detenimiento este misterio de fe: “Dios revela su designio amoroso” Dice así:

52 Dios, que "habita una luz inaccesible" (1 Tm 6,16) quiere comunicar su propia vida divina a los hombres libremente creados por él, para hacer de ellos, en su Hijo único, hijos adoptivos (cf. Ef 1,4-5). Al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas.

Hay dos afirmaciones: 1ª “Dios habita en una luz inaccesible” (1 Tm 6,16), es decir que Dios por naturaleza no es accesible al hombre. Primero, porque nuestros sentidos no le captan. Nuestra razón es capaz de concluir en su existencia, pero no al punto de hacernos unos interlocutores con Él. Eso ya es por Gracia, no por naturaleza. Por naturaleza se puede concluir la existencia de Dios, pero una cosa es concluir que Él existe, y otra es tener la capacidad de hablar con Él, de entrar en su intimidad. Eso ya son palabras mayores, eso ya es Gracia. Eso es un don, eso es un regalo y esa es la revelación, que lo que es una luz inaccesible, el pueblo que habitaba en tinieblas, una luz le brilló. Eso se nos proclama la Nochebuena, “el pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz, una luz le brilló...” “habitabas en tierra de tinieblas, pero se hizo sentir la alegría. Se hizo luz la alegría.”

Bueno, pues esta imagen de la luz accesible, son dos noches, dos noches clave las que expresan el mensaje cristiano: la Nochebuena que se hace la luz del día, y la noche de Pascua en la que se enciende la luz de la resurrección.

La luz que era inaccesible según dice Timoteo, llega a hacer que no haya noche en el cielo. El libro del Apocalipsis describe cómo que allí no hay noche, sino que la luz está continuamente presente sin margen de tinieblas, sin margen de sombra alguna.

Esta es otra imagen muy hermosa para describir qué es la revelación: “la luz inaccesible que se hace nuestra luz habitual”. Cuando alguien vive desde la fe, y cuando alguien discierne lo que ocurre a su alrededor o en su vida lo discierne desde la fe, cuando alguien dice: “bueno, pues ha acontecido esto, Dios lo ha permitido, confío en Él. Señor, quiero buscar tu voluntad...” es una persona que tiene como un candil de la fe, y vive siempre a la luz de la fe. Esa luz inaccesible por medio de la fe, es como una lámpara que guía sus pasos, que guía sus caminos. Tiene el candil de la fe que lo ilumina, que va dando luz a todo.

Es verdad que no es una luz tan potente cómo será en el Cielo la visión beatífica, pero ese candil de la fe hace que pueda ver el mundo según la mirada de Dios. Es como ponerse las gafas de Dios para comprender y para ver a la luz de la fe la existencia.

Dando un paso más, aquí se nos remite a leer el punto 1996 que dice: “Nuestra justificación es obra de la gracia de Dios. La gracia es el favor, el auxilio gratuito que Dios nos da para responder a su llamada: llegar a ser hijos de Dios”.

Esta afirmación nos hace entender lo siguiente: que una cosa es una gracia de Dios, que Él decida hablar, que Él decida descubrirse, compartir su misterio de amor... y una gracia añadida distinta a la anterior, es que nos haga nosotros capaces de comprenderlo. Una cosa es que Dios decida darse, y otra es que nos haga capaces de recibirle. Porque no es tan fácil. Por naturaleza el hombre no puede recibir la luz de Dios sin quedarse cegado. Lo lógico sería que si Dios decidiese iluminarnos, nos quedásemos cegados y no viésemos nada. Pues Dios nos da dos gracias: la primera gracia es su decisión de enviar su luz, pero la segunda gracia es la capacitación que hace de que recibamos la luz sin que nos ciegue, de manera que podamos verle. Eso es un milagro tan grande como el primero, porque lo lógico sería que si Dios te ilumina, tú no seas capaz de ver nada porque no tienes tus ojos capacitados para verle. Entonces es una gracia añadida.

Si me permitís un ejemplo, imaginaos una persona muy sabia... Einstein o algún premio Nobel que dice: “voy a compartir mi sabiduría con la humanidad” y va a explicar la teoría de la relatividad... Una cosa es que explique la teoría de la relatividad, y otra cosa es que le entendamos. Lo más posible es que la explique, pero no la entendemos.

Otra cosa es que no únicamente decida explicar la teoría de la relatividad, sino que Einstein tuviese la capacidad -que obviamente no la tiene- de hacer que nosotros la entendamos de forma sencilla. Esta es la luz de la revelación: no solo la decisión de Dios de descubrirse, sino la gracia que nos da de poderlo entender, y que encima sea sencillo. Porque es verdad que Dios es sencillo, Dios es humilde. Somos nosotros los que somos verdaderamente complicados.

Un aspecto más para que maticemos qué es lo que supone que nosotros seamos interlocutores de Dios, que estemos en un tú a Tú -ya sabemos que este tú a Tú, es un tú con minúsculas frente a un Tú con mayúsculas, eso es verdad- pero es un tú a Tú, es un diálogo, no es un monólogo. Es un verdadero diálogo.

Juan Pablo II en aquel encuentro que tuvo el año 2000 con los jóvenes en Tor Vergata (Italia), un encuentro entrañable pues era ya el Papa anciano y los jóvenes le aclamaban, -le aclamábamos porque éramos un poco más jóvenes entonces-, y hubo un momento en el que el Papa emocionado dijo: “Esto no es un monólogo...” pues el micrófono lo tenía él obviamente, pero nosotros gritábamos, cantábamos, a cada palabra que decía aplaudíamos... y entonces dijo: “Esto no es un monólogo, es un verdadero diálogo”.

Es verdad que el Papa estaba allí, él tenía el micrófono, nosotros estábamos abajo... pero era un diálogo. Y eso pasa con la revelación. Es verdad que el “Tú” de Él es con mayúscula y el nuestro con minúscula. Pero son dos “tús”. Dios nos habla de persona a persona. Y ésa es la maravilla de la revelación. Y además se hace capaz de entender.

Con este punto 53 al que vamos a pasar, ya concluimos este primer apartado “Dios revela su designio amoroso”

53 El designio divino de la revelación se realiza a la vez "mediante acciones y palabras", íntimamente ligadas entre sí y que se esclarecen mutuamente (DV 2). Este designio comporta una "pedagogía divina" particular: Dios se comunica gradualmente al hombre, lo prepara por etapas para acoger la Revelación sobrenatural que hace de sí mismo y que culminará en la Persona y la misión del Verbo encarnado, Jesucristo.

San Ireneo de Lyon habla en varias ocasiones de esta pedagogía divina bajo la imagen de un mutuo acostumbrarse entre Dios y el hombre: "El Verbo de Dios [...] ha habitado en el hombre y se ha hecho Hijo del hombre para acostumbrar al hombre a comprender a Dios y para acostumbrar a Dios a habitar en el hombre, según la voluntad del Padre" (*Adversus haereses*, 3,20,2; cf. por ejemplo, *Ibid.*, 3, 17,1; *Ibid.*, 4,12,4; *Ibid.*,4, 21,3).

Afirmaciones principales de este punto: el hecho de que Dios se revela no sólo con palabras, sino con palabras y acciones, se refiere a que también los profetas, también el pueblo de Dios, Israel por ejemplo fue liberado de la esclavitud de Egipto.

No solo palabras, sino también hay acciones mediante las cuales Dios se va revelando. Dios se va descubriendo, y el mismo Jesucristo, plenitud de la revelación no solo utiliza palabras, también utiliza signos. Sus milagros son signos que permiten revelarse a Dios. De hecho, dice en un momento determinado: “Si no me creéis a mí, creed a mis obras”. Las obras que realizan los signos, son también una manera de hablar, de hablarnos.

Es por lo tanto una revelación muy adaptada a nuestras “entendederas”, a nuestra capacidad de entender. Nosotros no solo somos hombres racionales de palabra, también nos comunicamos por gestos. Y es más, muchas veces los gestos nos dan más garantía que las palabras.

La mayor prueba no suele ser la palabra, la mayor prueba suele ser la entrega por amor. Por eso la cruz es el culmen de la revelación, porque ver la cruz y ver que Cristo muere en ella, eso no es una palabra, eso es la demostración del amor de Dios. Se revela (está tomada de la Dei Verbum otra vez), mediante acciones y mediante palabras.

Para apoyarlo y para subrayarlo se recurre al punto 1950, en donde se dice que hay una pedagogía. La ley moral es obra de la sabiduría divina, es una pedagogía de Dios que prescribe al hombre los caminos, las reglas de conducta que llevan a la bienaventuranza prometida. Proscribe los caminos malos del mal que aparta de Dios y de su amor. Es a la vez firme y amable en sus promesas. Firme en sus preceptos, amable en sus promesas. En la ley moral hay una pedagogía, que viene a decir: “mira te acompaño para que tu pie no tropiece en el camino. Si te prohíbo algo te lo prohíbo por tu bien. Si te animo a caminar por aquí, por esta senda estrecha, es porque sé que es tu bien...” Hay un caminar de Dios junto a nosotros que es pedagogía divina.

Y luego también habla del tema de la gradualidad de la revelación, que se refiere a que Dios no se puede comunicar de una manera pedagógica al hombre que está muy

embrutecido, al hombre que necesita una purificación muy importante, pues directamente descubrirle el misterio de Dios no sería posible; tiene que irlo preparando pedagógicamente. Por eso todo el Antiguo Testamento es una pedagogía para prepararnos a la llegada de Jesucristo.

Y recuerdo que más de una vez, pues algún oyente ha hecho preguntas sobre cómo se entiende que el Antiguo Testamento se predicase el ojo por ojo, y diente por diente... Pues porque era necesario primeramente frenar las venganzas desproporcionadas que existían y que estaban totalmente introducidas como si fuesen la forma normal de proceder y entonces el precepto del Antiguo Testamento “ojo por ojo y diente por diente” era una manera ya de avanzar, porque mira si alguien te ha sacado un ojo tú sácale únicamente un ojo pero no te pases más. Era un avance. Luego viene Jesús y deroga el “ojo por ojo y diente por diente” y dice: “Al que te ha pegado en una mejilla, ponle la otra.” Hay un avance.

A veces también han habido preguntas de oyentes sobre cómo se explica la utilización de la violencia para liberar a Israel, pues el ejército egipcio cayó aplastado, ahogado, pereció en el Mar Rojo... y nos parece cuando uno lee eso, parece que Dios utiliza la violencia, etcétera.

Dios también se ha adaptado a nuestras entendederas, porque en su revelación, hasta Jesucristo llegó a decirle a Pedro: “Pedro, guarda tu espada. ¿No sabes tú que mi Padre me podía haber enviado una legión de ángeles?” Hasta la plenitud de la Revelación en Jesucristo, ha habido una revelación imperfecta. La revelación perfecta es la de Jesucristo. Es el culmen de la revelación. Esta pedagogía, este crecimiento a otro nivel también lo vivimos en el nivel subjetivo, porque Dios objetivamente poco a poco se ha ido revelando más. Pero a nosotros subjetivamente nos ocurre lo mismo, que en un primer momento de nuestra vida estamos abiertos a la revelación de Dios, pero la entendemos todavía mezclada con muchos criterios nuestros humanos, o sea un poco la hacemos a nuestra imagen y semejanza, la hacemos muy carnal.

La revelación espiritual de Dios la hacemos muy carnal, y según nosotros nos vamos purificando, según nosotros nos vamos desprendiendo del hombre viejo que dice San Pablo y vamos siendo criaturas nuevas en Cristo, entonces la revelación cada vez la vamos entendiendo de una manera más sencilla. Y dice uno, “fíjate este texto de la Palabra de Dios lo que me dice, y cuántas veces lo he escuchado yo y no me he abierto a la comprensión más profunda que hoy de repente entiendo”.

Claro, porque yo me voy abriendo a la revelación de una manera pedagógica cada vez más, poco a poco. Es un ir creciendo. Dios tiene paciencia para que vayamos creciendo. También nosotros tenemos que tener paciencia para ir creciendo. Paciencia y perseverancia. La paciencia para que no sea pereza, tiene que ser paciencia perseverante.

Se nos ofrece ahora un texto de San Ireneo de Lyon, quien habla en varias ocasiones de esta pedagogía divina bajo la imagen de un mutuo acostumbrarse entre Dios y el hombre. Dice san Ireneo: "El Verbo de Dios [...] ha habitado en el hombre y se ha hecho Hijo del hombre para acostumbrar al hombre a comprender a Dios y para acostumbrar a Dios a habitar en el hombre, según la voluntad del Padre" (*Adversus haereses*, 3,20,2)

San Irineo de Lyon es un autor del siglo II, además es un discípulo de la escuela de Juan que tiene su testimonio, y su comprensión del Evangelio y tiene una gran importancia para nosotros. Repito su frase: "El Verbo de Dios [...] ha habitado en el hombre y se ha hecho Hijo del hombre para acostumbrar al hombre a comprender a Dios y para acostumbrar a Dios a habitar en el hombre, según la voluntad del Padre". En esa pedagogía divina, en ese ir poco a poco revelándose, San Irineo lo expresa como un "irse acostumbrando".

Ese famoso refrán que dice "el roce hace el amor", no se puede aplicar en el mismo nivel a Dios y a nosotros, porque está claro que Dios no necesita de esa pedagogía de ir poco a poco, para amarnos. Eso se lo aplicamos a Dios en un sentido simbólico, porque ya sabemos que Dios no necesita ir creciendo, y poco a poco ir purificándose para acostumbrarse a estar con nosotros. Dios es perfecto, Dios es infinito y por lo tanto en su designio y en su capacidad de amarnos puede hacerlo plenamente, y de hecho lo ha hecho plenamente desde el primer momento. Pero es verdad que nosotros sí que tenemos que acostumbrarnos a estar con Él. Sí se puede aplicar ese principio de "el roce hace el amor" a nosotros que necesitamos acostumbrarnos a estar con Él.

Si me permitís un ejemplo, cuando uno va a hacer ejercicios espirituales pues suele ocurrir que al principio en las primeras meditaciones, no es tan fácil entrar de golpe en los ejercicios, porque uno tiene en su memoria muchos recuerdos, muchas cosas de las que no termina de deshacerse, y entonces necesita -dependiendo de cada uno-, una, dos, tres, cuatro meditaciones para meterse a tope en los ejercicios, para no distraerse, para disfrutar de las charlas, para disfrutar de la meditación.

Es un poco como la ley del embudo. Si tú quieres introducir desde una garrafa a una botella el agua o el vino que hay, es difícil que entre directamente desde la garrafa que tiene mucha más anchura, a la botella, que es mucho más estrecha. De golpe difícilmente va a entrar, se va a derramar mucho fuera. Entonces se pone un embudo, que aunque no entre directamente -va dando vueltas en el embudo-, poco a poco va entrando.

Como siempre os digo, los ejemplos, ejemplos son. Es el principio de la paciencia divina: "el roce hace el amor" y nosotros necesitamos acostumbrarnos a estar con Dios. Os he puesto el ejemplo de los ejercicios espirituales, donde uno necesita desapegarse de las preocupaciones que tiene, acostumbrarse al silencio para estar con Dios, etcétera. Mientras tanto, pues igual el agua de la garrafa no entra directa a la botella, pero está en el embudo. Lo importante es que esté en el embudo y vaya dando vueltas, y entre en nosotros.

El roce hace el amor. La revelación de Dios tiene que ser paulatina, no por Dios sino por nosotros. Porque Dios la podría hacer toda de un golpe, pero nosotros necesitamos la ley de la gradualidad. La necesitamos para ir creciendo, para ir madurando, para ir purificándonos. Porque tenemos la ley del crecimiento humano inscrita en nuestra naturaleza.

Por último, hemos dejado sin comentar el punto 1953, al que brevemente también se nos remite para completar esta explicación. Allí decía: "La ley moral tiene en Cristo su plenitud y su unidad. Jesucristo es en persona el camino de la perfección. Es el fin de la

ley, porque solo Él enseña y da la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo, para justificación de todo creyente”.

Es decir, después de haber hablado del crecimiento progresivo de la revelación, al final terminamos hablando de Jesucristo. Él es el alfa y el omega, el principio y el fin. Por Él se hizo todo cuando se ha hecho, y además vamos caminando hacia Él. Somos Cristocéntricos. Al final todo tiene como culmen a Jesucristo, plenitud del hombre, plenitud de la creación. A Él le llamamos Rey del universo, Rey del cielo y de la tierra. Es muy hermoso que invoquemos a Jesucristo como la plenitud de la Revelación.

Acordaos también de ese pasaje impresionante del Apocalipsis en el que se hablaba de que el libro de la vida estaba cerrado, y San Juan en aquella visión que tuvo, lloraba porque no se había encontrado a nadie capaz de abrir el libro de la vida. Y él lloraba hasta que de repente vio un cordero degollado que se acercaba, a imagen de Jesucristo. Y él fue capaz de abrir el libro de la vida, en el que por la gracia y por la sangre de Cristo está escrito nuestro nombre. Cristo pues, plenitud de la Revelación. Lo dejamos aquí.